

le habian valido ser adoptado por el emperador. Cuando viajaba Vero llevaba en torno de su carro esclavos á quienes daba los nombres de los vientos y que llevaban alas. Su lectura favorita eran el *Arte de amar* de Ovidio y los epigramas de Marcial, á quien llamaba su Virgilio. Reconviéndole un dia su esposa porque daba la preferencia á mujeres perdidas, le respondió: *El nombre de esposa es un título de honor, no de placer*. Acababa de llegar de la Pannonia, cuando murió en Roma, donde se le hicieron exequias imperiales seguidas del apoteosis. Entonces adoptó Adriano á Tito Antonino (25 de Febrero de 137), á condicion de que habia de adoptar él á M. Aurelio Vero y á L. Vero, hijo del difunto.

A la sazón se retiró Adriano, como Tiberio, á Caprea, á su casa de recreo á Tivoli, donde habia amontonado todas las magnificencias; y allí se abandonó, en cuanto su debilitada salud se lo permitiera, á todos los desórdenes de que el paganismo no sabia sonrojarse. Tocado en medio de los placeres de accesos de crueldad, despachaba desde allí órdenes sanguinarias, que arrastraron á la muerte á muchos ciudadanos; otros fueron escondidos por Antonino. Adriano buscaba en la magia remedios á su enfermedad, y sus dolencias le indujeron á probar muchas veces á darse muerte. Se llegó hasta recurrir á milagros para distraerle de su mal. Presentósele una mujer ciega diciendo: *En un sueño se me avisó de que te intimara que conservarás tu vida, y como haya dilatado obedecerle, se ha oscurecido mi vista; pero en otro sueño se me ha asegurado, que la recobraría tan luego como besara los pies al emperador*; lo cual no dejó de acontecer al punto. Apenas fué tocado por él otro ciego, cuando recuperó el uso de sus ojos, al mismo tiempo que cesaba un fuerte acceso de calentura que padecía Adriano. Divertíase Roma con aquellos ridículos medios, que infundian algun valor al emperador cada dia más decaído.

Cansado, en fin, de remedios, dijo: *Los médicos me han de quitar la vida*, y se puso á comer y á beber á su antojo. A consecuencia de sus excesos murió (10 de Julio de 138), despues de haber vivido sesenta y dos años y medio y de haber reinado veintiuno. En estos últimos momento pareció recobrar la calma que habia

perdido, si es verdad que hizo estos versos, criticados entonces, y que forman, sin embargo, una de las composiciones más delicadas de aquel tiempo.

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca?
Palidula, rígida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.

Irritado el Senado de sus últimas crueldades, quiso derogar sus disposiciones y negarle los solemnes funerales; pero cediendo despues á las amenazas de los soldados y á los ruegos de Antonino, le concedió todos los honores de costumbre. Sus cenizas fueron depositadas en el soberbio muelle á orillas del Tiber. Fué colocado entre los dioses y se le erigió un templo en Puzzolas.

CAPITULO X

Los Antoninos

Habia sido el reinado de Trajano una perpétua guerra; el de Adriano un movimiento continuo; Antonino vivió en una tranquilidad constante, y en veintitres años no se movió de Lanuvio, donde tenia su casa de recreo. Habia nacido en Nimes (19 de Setiembre de 83), y su natural dulzura le hizo ganar el afecto de deudos y amigos. Dedicóse con preferencia al servicio de la milicia, que á pesar de todo no le estorbó ejercer muchas magistraturas, hasta que llegó á ser (138) uno de los mejores príncipes de que hace mencion la historia. Acogiendo á los más humildes ciudadanos prestaba oídos á las quejas alegadas contra los oficiales y los magistrados. Sin intrigas de ninguna especie se conquistó el favor del pueblo; desdenando los ruidosos aplausos, delicia de sus antecesores, no queria adular, ni ser adulado. Magnífico sin lujo, económico sin ruindad, se complacia en acomodarse á los antiguos usos sin hacerse esclavo de ellos. Respetuoso hácia los dioses de su patria intervenia en las ceremonias públicas del culto, y ofrecia como pontífice supremo los sacrificios que los sacerdotes inferiores ofrecian antes á nombre del soberano del imperio. Tampoco persiguió á los cristianos, antes bien aceptó la apología hecha por el mártir Justino, y prohibió que se les inquie-

tara. Con este fin escribió á las ciudades de Atenas, de Tesalónica, de Larisa y á todos los griegos, elogiando á aquellos hombres que existian con la vida del espíritu, por su valor y por sus costumbres; y áun cuando sólo juzgaba en comparacion de las virtudes antiguas, la tradicion filosófica le permitió respetar en ellos su fé y su grandeza.

Tenia completa confianza en sus amigos, y como los habia escogido probándolos, no tenia necesidad de cambiar de amistades. Con dificultad se resolvía á mudar de dependientes, á ménos que lo solicitasen ellos, y durante todo su reinado dejó á Gavio Máximo ejercer las funciones de prefecto de los pretorianos. Enemigo clemente soportaba la ingenuidad y hasta la injuria. Disminuyó los suplicios contentándose con reducir á los delinquentes á la imposibilidad de producir daño. Prometió no castigar á ningun senador con la pena de muerte, y cumplió tan felizmente su palabra, que por declaracion de uno de ellos, culpable de parricidio, le confinó únicamente á una isla deshabitada. Dos fueron acusados de conspiracion; pero se suicidó uno de ellos y el otro fué proscripto por decreto del Senado, á quien vedó el emperador continuar las indagaciones, diciendo: *Tengo poquíssimos deseos de dar á conocer el número de personas que me profesan odio*. Solia decir á menudo: *Vale más salvar á un ciudadano que exterminar á mil enemigos*.

Excitando su admiracion ciertas columnas de pórfido que veia en casa de Valerio Homulo, preguntó al dueño de la casa dónde las habia comprado, y su huésped le respondió de este modo: *No se deben tener ojos ni oídos en casa ajena*, y el emperador halló ajustada á la razon esta respuesta. A su llegada al Asia en calidad de procónsul se alojó la primera noche en casa de Polemon, el más célebre sofista de Esmirna. Retirándose éste muy tarde, se querelló de que se hubieran apoderado de aquel modo de su casa, y Antonino salió de ella para buscar otro albergue, á pesar de ser hora muy avanzada de la noche. Ya ascendido al imperio, llegó Polemon á Roma á hacerle la corte, y Antonino le recibió con las más honoríficas distinciones; la única venganza que tomó fué recordarle su dureza, recomendando que nadie osara echarle de su aposento, ni áun de dia. Posteriormente

como llegara á quejarse un cómico de que Polemon le habia expulsado del teatro á la mitad del dia, le respondió Antonino: *A mí me echó de su casa á media noche, y sin embargo no me quejé á nadie*.

Envió á Chalcis de Siria en busca del historiador Apolonio para encargarle la educacion de Marco Aurelio. Llegado á Roma con una multitud de discípulos, que Lucio compara á los argonautas yendo á la conquista del vello-cino de oro, Antonino le invitó á que se presentara en palacio, á lo cual contestó el filósofo orgulloso: *Al discípulo corresponde venir á buscar á su maestro*. Y haciendo justicia á la necia vanidad del estóico, mandó á Marco Aurelio que fuera á visitarle.

Manteniase Antonino en guardia hasta contra toda ostentacion filosófica, y cuando sus cortesanos reprobaban las lágrimas que vertia Marco Aurelio por la muerte de su abuelo, les decia: *Dejadle y tolerad que sea hombre, puesto que ni la filosofía, ni la dignidad imperial deben extinguir en nuestros corazones los sentimientos de la naturaleza*. Mostróse, pues, hombre siempre afectuoso hácia Adriano, despues de su muerte como durante su vida, y mereció así el sobrenombre honorífico y nuevo de *Piadoso*.

Se siente saber muy poco de su persona y que sea necesario rebuscar aquí y allá algunas noticias que le sean concernientes, sin poder seguir el orden de los tiempos. Deferente hasta lo sumo con senadores y caballeros, les daba cuenta de su administracion, permitia al pueblo elegir los magistrados, y solicitaba como simple particular el nombramiento de los cargos para sí y para sus hijos. Suprimió las pensiones señaladas por Adriano á los aduladores de oficio, no por avaricia, pues rehusaba la herencia de los que dejaban descendientes y restituia á los hijos los bienes confiscados al padre, salvo las reparaciones respecto de las provincias que habian padecido de resultas. Indultó completamente á las ciudades italianas, y par mitad á las demas, del donativo que era costumbre ofrecer el nuevo emperador (*aurum coronarium*); aligeró los impuestos y veló á fin de que fueran recaudados con humanidad. Si acontecia algun desastre, era su primer cuidado otorgar descargo de impuestos á los países

á quienes habia tocado. Sustentaba á muchos niños pobres, recompensaba á los que se dedicaban á su educacion, ayudaba á los senadores poco acomodados á sostener el decoro de su categoria, y gastaba mucho en espectáculos, delicias del pueblo. Como se lastimara Faustina, su esposa, de que habia dispuesto de la mayor parte de los bienes particulares en favor de los menesterosos, la respondió: *La riqueza de un príncipe es la felicidad pública.*

No descuidó los trabajos de utilidad general. Ya en vida de Adriano habia contribuido con sus consejos y con su dinero á las construcciones á que era particularísimamente aficionado su padre adoptivo. Posteriormente mandó abrir el puerto de Gaeta y el de Terracina; terminó el muelle de Adriano, y mandó construir en Loria de Toscana, donde se habia educado, un palacio admirable; de orden suya fueron restaurados muchos monumentos en Grecia, en Jonia, en Africa, en Siria. Elevó á la categoria de ciudad á la aldea de Palancio, en Arcadia, concediéndole la inmunidad de todos los cargos por respeto á la tradicion que hacia partir de aquel punto á Evandro para dirigirse al Lacio.

Natural era que un príncipe justo y bueno fuera amado de aquellos á quienes gobernaba; hasta los mismos extranjeros sumetian sus diferencias á la equidad de Antonino. Una carta de su puño y letra bastó para decidir á los partos á salir de Armenia. Admitieron los reyes que quiso darles, los lazos, los armenios, los quados y otros pueblos; rindiéronle homenaje los de la Hircania, de la Bactriana, de las Indias y de la Iberia. Fueron domeñados los brigantes que se habian sublevado en Bretaña, acaeciéndose lo mismo con los moros, que habiéndose rebelado, fueron repelidos mas allá del Atlas. Bajo su reinado acreditó el imperio que en su pujanza no tenia necesidad de guerra para sostenerse.

Su vida interior fué perturbada por la mala conducta de la impúdica Faustina su esposa, que no por eso dejó de ser divinizada despues de su muerte. Hemos dicho que de orden de Adriano hubo de adoptar á Marco Aurelio y á Lucio Cómodo, hijo de Lucio Vero César. Entregó su hija por esposa al primero, apreciando sus bellas cualidades, al mismo tiempo que

adivinaba el alma perversa del segundo. Acometido de una fiebre en Loria confirmó la adopcion de Marco Aurelio, le recomendó el imperio, y designó por sucesor suyo, haciendo trasladar á su aposento la estatua de oro de la Fortuna, que segun costumbre se hallaba en el del emperador constantemente. Murió á la edad de sesenta y tres años, despues de haber reinado veintitres, llorándole todos sinceramente y colocándole en la categoria de los dioses como á los príncipes mas perversos.

Su sucesor hizo su mejor elogio, y al copiarlo en este lugar no nos mueve tanto á ello lo fiel del retrato, como la consideracion de ser un monumento en elogio del autor de semejante escrito. «Hé aquí, dice, lo que me recomendaba mi padre adoptivo: á ser dulce, y sin embargo, inflexible en las resoluciones tomadas despues de un maduro exámen; no envanecerse de lo que se llama honores; ser asiduo en el trabajo; estar siempre dispuesto á oír amonestaciones útiles á todos; dar al mérito lo que le corresponde; saber dónde es preciso tirar de la rienda, y dónde conviene aflojarla; renunciar á las locuras de la mocedad; proponerse el bien general como exclusivo objeto. No exigia que sus amigos fueran á cenar con él cotidianamente, ni que lo acompañaran á todos sus viajes. Aquel que no habia podido acudir, no por eso dejaba de ser bien recibido cuando se presentaba. En los consejos buscaba esmeradamente el mejor partido y deliberaba largo tiempo sin atenerse á las primeras inspiraciones. Jamás se disgustaba de sus amigos, nunca llevaba al exceso ni sus antipatías, ni sus afectos. En todas las circunstancias de su vida se bastó á sí propio. Con el espíritu comunmente sereno preveía de lejos lo que podía acontecer, y sin ostentacion regulaba los más minuciosos pormenores. Sofocaba sin ruido las primeras chispas de sedicion, reprimia las aclamaciones y toda baja lisonja, velaba incesantemente por la conservacion del Estado. Media los gastos de las fiestas públicas sin inquietarse porque se murmuraba de aquella rigurosa economia.

«Adoró sin supersticion á los dioses, y no se hizo adicto el pueblo por gestos, ni por bromas ni por afectacion á todo el mundo. Sombrío y enérgico en todas las cosas no se permitió na-

da singular ni inconveniente. Usó modestamente de las ventajas con que le colmaba la fortuna, sin codiciar aquellas de que carecia. Jamás le reconvinó nadie por hacer alarde de buen talento, de ser sofista, chocarero, declamador, pródigo del tiempo. Al revés, se le calificaba de sensato, de inaccesible á la lisonja, de dueño de sí mismo, de formado para mandar á los demas. Honraba á los verdaderos filósofos sin insultar á los que profesaban una falsa doctrina; se mostraba culto y moderadamente jovial en la conversacion, y no se enojaba nunca. No se ocupaba de su persona más que con justa medida, y no como un hombre apasionado á la vida ó ardentemente enamorado de los placeres. Sin descuidarse, limitaba su atencion á conservar la salud, para tener ménos necesidad de la medicina y de la cirujía. Ajeno á la envidia cedía de buen grado la superioridad á los demas en elocuencia, en jurisprudencia, en filosofia moral y en todo y procuraba que cada cual fuese conocido con relacion á aquello en que sobresalía. En el curso de su vida imitó sin ostentacion á sus antepasados.

«No le gustaba mudar á menudo de lugar ni de objeto; no se cansaba de permanecer en un mismo sitio, y se ocupaba de un solo negocio. Despues de sus violentas jaquecas, se dedicaba con ahinco al trabajo ordinario. Tuvo muy pocos secretos, y éstos por el bien comun solamente. En los espectáculos, en los trabajos públicos, en las distribuciones y en ocasiones semejantes, acreditó prudencia y mesura, proponiéndose no adquirir celebridad, sino hacer lo que convenia. No se metía en el baño á horas extraordinarias, no tenia la pasion de las construcciones, ni esmero alguno en el servicio de su mesa, en el color ó en la calidad de sus trajes, ni en la eleccion de hermosos esclavos. Usaba en Loria una túnica comprada en la vecina aldea, y telas de Lanuvio. Nunca se ponía manto sino para ir á Túscolo, y aun entonces se excusaba de ello. En general dentro de su casa no se advertian toscos modales, ni acciones indecorosas, ni esa afanosa prisa que induce á decir: *Ten cuidado no sudas.* Hacia una cosa despues de otra, pausadamente, sin desorden y con exacta armonía en su conjunto. Se podia decir de él como de Sócrates,

que sabia gozar y pasarse sin la mayor parte de las cosas de que los hombres no saben privarse sino con sentimiento, ni disfrutar sino con exceso; conservarse fuerte y moderado en ambos casos, y siempre hombre perfecto. Tal es su retrato.»

Hé aquí lo que escribia de él su sucesor. Antonino llamaba á Marco Aurelio á causa de su sinceridad, M. Annio Verísimo. Le educó por sí mismo, confiándole luego á los mejores maestros de entonces. Enseñáronle las bellas letras, el derecho, y especialmente la filosofia, que amó hasta el punto de usar el manto de los que la cultivaban, de adoptar su género de vida austera, y de dormir sobre el duro suelo. Este régimen riguroso debilitó su salud y le obligó á recurrir á la medicina; sanó adoptando una existencia más metodizada, y vivió sesenta años de una vida sumamente laboriosa.

Honrando y consultando á sus maestros interin los conservara, iba á visitar sus sepulturas y ornarlas de flores luego que los hubo perdido. Enemigo de placeres, si por respeto al uso asistía á los espectáculos, leía allí ó se ocupaba de negocios, dejando que el pueblo se entregara á la alegría. Desde la edad de diez y seis años habia renunciado la herencia paterna en favor de su hermana, reservándose solamente la de su abuelo. Mucho le afligió la adopcion que le designaba para la pesada carga del imperio; y los honores no le quitaron nada de su sencillez ni de su adhesión á sus amigos, ni su afición á las ciencias.

Apenas habia cerrado los ojos Antonino, cuando Marco Aurelio nombró Augusto á su hermano Lucio Vero, y le hizo su colega; ejemplo nuevo en la historia. Despues de haber distribuido las liberalidades de costumbre, gobernaron juntos. Renováronse las inundaciones, los incendios, los terremotos, que habian afligido al imperio y dado margen á la liberalidad de Adriano en las provincias, donde se padeció además una epidemia; tambien se notó una extraordinaria carestía, todo lo cual puso á Marco Aurelio en el caso de afanarse mucho para consolar tantos males.

Hicieron los catts una irrupcion en Germania; andaban inquietos los bretones; irritado Vologeso, rey de los partos, de que Antonino se hubiera negado á restituírle el trono de que

le había privado Adriano, comenzó la guerra con formidables fuerzas. Agitábase en aquel momento la Armenia, y expulsaba al rey Soemo; fué muerto el Eniocos, pueblo que habita entre el Mar Caspio y el Euxino, por Tiridato, que prisionero posteriormente de los romanos, fué desterrado á Bretaña. Marco Aurelio envió á su hermano Lucio Vero á pelear contra los partos, con la esperanza de arrancarle de una molice indigna de un príncipe; pero se engañó completamente. No bien había salido de Roma, le detuvo en Capua una violenta enfermedad causada por sus desórdenes. Curado, aunque no corregido, surca las olas; y apenas las costas de Asia, la Pamfilia, la Sicilia le ofrecen mil coyunturas de satisfacer sus pasiones; Antioquia le prodiga placeres de todas clases, y pasa el tiempo en la voluptuosa Dafne, en medio de bufones y de cortesanos, dejando á sus tenientes el mando del ejército, flor y nata del imperio. Alcanzaron muchas victorias é hicieron cerca de Europa junto al Eufrates una gran matanza de partos. Soemo, rey de Armenia, fué restaurado en el trono. Por último, habiéndose adelantado Casio hasta Ctesifonte, quemó el palacio de los reyes partos, se apoderó de Edesa, de Babilonia y de toda la Media. Habiéndosele rendido Seleucia á orillas del Tigris, la entregó al saqueo, y pasó á cuchillo á cuatrocientos mil habitantes. Proclamado Vero sin haberlo merecido, vencedor de los partos, distribuyó los reinos, y confirió el gobierno á los senadores que llevaba en su compañía.

A este tiempo excitados los bárbaros en la Germania por los belicosos marcomanos, se sublevaron desde las Galias la Iliria contra el imperio, que se encontraba en una situación muy embarazosa por hallarse ocupadas sus mejores tropas en Oriente; por fortuna las que se hallaban acantonadas en las fronteras pudieron contener aquel torrente impetuoso, aunque desordenado, hasta que L. Vero se adelantó hácia Germania, acompañado de su hermano. La aproximación de los emperadores sembró el desaliento en las filas del enemigo. Parte de sus tropas se refugiaron al otro lado del Danubio asesinando á los que los habían impulsado á la guerra; el resto se sometió ó solicitó la paz.

Lucio Vero aprovechó aquel instante para volver á tomar el camino de Roma, donde le

aguardaban nuevos deleites; pero desconfiando con razón M. Aurelio de lo que podía acontecer, se detuvo á establecer nuevas fortificaciones; aumentó las de Aquilea y atendió á la seguridad de Iliria y de Italia.

No fué aquello precaución vana, pues en breve estalló con más violencia el mal apagado incendio, y los dos Augustos hubieron de retroceder á toda priesa. Vero murió en Altino á la edad de treinta y nueve años. Tan desprovisto de talento como de virtudes, pasaba los días á la mesa, y las noches en discurrir como un loco por las calles, ostentando libertinaje con gente licenciosa y de baja estofa. Convertía los palacios en tabernas; y después de haber cenado con su virtuoso hermano, se retiraba á sus aposentos, entregándose á desórdenes con personas desacreditadas y hasta con sus esclavos, á quienes permitía libertades dignas de las saturnales. Poseía en la via Claudia una casa de recreo, donde reunía para sus orgías á aquella depravada turba; un día tuvo la osadía de convidar allí á M. Aurelio, quien estuvo á su lado cinco días, dándole estérilmente ejemplo de una vida frugal y comedida. Para conservar sus cabellos de color rubio, matiz preferido por los romanos, se los cubría con polvo de oro. Un solo banquete le costó 6.000.000 de sextercios (1.200.000 francos), y distribuyó á cada uno de los doce convidados una corona de oro, un airoso esclavo y un mayordomo con la vajilla de oro y de plata; agregando á esto cada vez que se bebía una copa murrhina ó de cristal de Alejandría, ú otras copas no ménos preciosas enriquecidas de diamantes; coronas de flores, raras por la estación; por último, exquisitas esencias dentro de frascos de oro. Luego en el momento de partir halló cada cual á la puerta un carro tirado por mulas con magníficos arneses. Celer, su caballo favorito, no se alimentaba más que con uvas y con almendras, tenía una manta de púrpura, y por cuadra un palacio. Hizo que le erigieran una estatua de oro, y después de su muerte un soberbio mausoleo en el Vaticano.

Han pensado algunos, aunque sin alegar pruebas, que abrigaba el proyecto de matar á M. Aurelio, á fin de apoderarse del imperio, y que éste le cogió la delantera envenenándole. M. Aurelio hizo colocar á aquel libertino en la

categoría de los dioses, y libre de su persona, continuó marchando por la senda del bien con paso cada vez más firme. Prosiguió con vária suerte la guerra contra los bárbaros, pues más de una vez vieron los marcomanos huir á los soldados de Roma. Hasta les rechazaron acosándoles con sus espadas en dirección de Aquilea, de que se hubieran apoderado á no ser por la habilidad de los generales. No obstante penetraron en Italia sembrando en todas partes el incendio y entregándose á la rapiña. Romas tanto más llena de espanto por ejercer la peste sus estragos dentro de sus muros, armó á los esclavos, á los gladiadores, á los desertores, á los germanos mercenarios. Vendió el emperador los muebles preciosos de su palacio, vajilla de oro, estatuas, cuadros, los vestidos de la emperatriz, una magnífica colección de perlas, que había traído Adriano de sus viajes; y con la enorme suma que sacó de esta venta, subvino á las necesidades del hambre, á los gastos de una guerra de cinco años, y todavía le quedó bastante para rescatar parte de lo que había vendido.

Se habían dilatado las devastaciones de los bárbaros á muchas provincias; habían cruzado el Danubio los quados, los sármatas, los iazygos; ocupado la Pannonia, los vándalos y los marcomanos; inundado los castobogos la Grecia hasta Elatea en la Focida. En todas partes los combatió M. Aurelio como héroe, si bien como héroe humano, derramando sangre cuando podía y animando con su ejemplo á generales y soldados. Por último, la fortuna coronó sus esfuerzos y llegó á arrollar al enemigo más allá del Danubio.

En el orgullo de la victoria pidieron los soldados una gratificación á Marco Aurelio; pero se la negó diciendo, que no podía hacer liberalidades sin sobrecargar á sus deudos; y como murmuraran prorumpiendo en amenazas, añadió que no les temía, porque sólo Dios dispone de los imperios, y les impuso silencio su energía. Al continuar la guerra allende el Danubio, se halló cercado Marco Aurelio por los marcomanos en la alta Hungría frente de la antigua Estrigonia; aunque el valor de los suyos le preservó de caer en poder del enemigo, se hallaron reducidos al último apuro por la carencia de agua. En el momento en que les indu-

cian á la desesperación los martirios de la sed, oscureció el cielo de pronto y derramó á torrentes (174) una lluvia que á todos pareció milagrosa. Pero al recibir los soldados en sus cascos ó hasta en la boca abierta aquel bienhecho jugo, á fin de apagar una sed devorante, cayeron los bárbaros sobre ellos haciéndoles gran matanza; entonces de aquella misma nube cae sobre los enemigos un diluvio de granizo acompañado de truenos, que ayuda á los romanos á vencerlos y á ponerlos en huida.

Este suceso, uno de los que más ruido metieron en aquella época, se calificó de milagroso tanto por los gentiles como por los cristianos, con la diferencia de que unos se lo atribuyeron á Arnufis, mágico egipcio, mientras otros imaginaron deberlo á la legión Melitina, llamada de este modo por Melitina de Armenia donde se había formado. Pero el mismo emperador escribió al Senado, si bien con la circunspección reclamada por el tiempo, que debía aquella victoria á los cristianos; y dió pruebas de la obligación que creía deberles, ordenando castigar con la mayor severidad á todo el que profiriera calumnias contra ellos.

Marco Aurelio fué proclamado por la séptima vez imperator, y Faustina, su esposa, denominada madre de los ejércitos. No obstante, á fin de asegurar la tranquilidad, permaneció en la frontera; y habiendo empezado á agitarse nuevamente los quados y los marcomanos, los estrechó tan vivamente, que el hambre les obligó á implorar la paz. Habiéndose, pues, presentado con regalos, llevándole los desertores y trece mil prisioneros hechos durante la guerra, obtuvieron la cesación de las hostilidades, á condición de no traficar ya sobre el territorio romano y de retirarse por lo ménos á seis millas de distancia del Danubio.

En breve se unieron los quados á los iazygos, á los nariscos y otras poblaciones que aún no habían depuesto las armas, y habiendo expulsado á Furio, su caudillo, que les disuadía de marchar á la pelea, le sustituyeron con Ariogeso. Otra vez más les venció Marco Aurelio, é hizo prisionero á su nuevo príncipe, á quien confinó á Alejandría. Desalentados entonces los demás germanos solicitaron así mismo la paz, y les fué concedida bajo suaves condiciones. Fueron reprimidos con severidad los movimien-